

Pelotari, de los buenos, y Alcalde, no de los peores

La Reina Madre le profesaba un especial afecto. - El vaticinio frustrado de Mardura. - ¡Para que te fies de los amigos!... - Sencilla historia de amor de un hombre de palabra.-Cuando Pallás quiso matar a Martínez Campos.-Vida ordenada y sana al servicio de una naturaleza de hierro

Cosme Echeverría, que nació el 71 —aunque él no recuerda el día ni el mes— está todavía más “ariña” que un muchacho. Por la Villa le veréis a diario, de aquí para allá, haciendo gala de un humor envidiable y de una irremediable propensión a la polémica. Dígalo, si no, Shiriquillo...

Cosme Echeverría fué, y lo sigue siendo, figura popular en la Villa.

Pelotari (y de los buenos) y Alcalde (y tampoco de los peores) vivió el bueno de Cosme una vida de intensa popularidad, que fué pródiga en sucedidos y dichos, flores risueñas y amables de un copioso anecdotario.

Ahora, a los 73 años de una existencia de acusadísimo relieve; en el ocaso de otros días más luminosos —por juveniles y de abundancia— se complace Cosme en arrancar, para el periodista, algunas de aquellas florecillas que con tanto amor ha conservado, a través de muchos lustros, en el jardín de sus recuerdos...

* * *

Dos veces ha estado nuestro hombre en el Ayuntamiento. La primera, de Alcalde, desde 1914 y por espacio de cerca de 4 años; la segunda, de simple concejal, durante el Gobierno del marqués de Estella.

De cuando Cosme fué alcalde data, precisamente, la desviación de la carretera general. El tráfico hacíase entonces por el centro de la Villa, con grande y continuo peligro para la población.

Por aquellos días, en que el proyecto se debatía entre dos encontradas corrientes de pros y de contras, un auto mató a dos niños en plena calle de Viteri.

Aquel luctuoso suceso fué la gota que desbordó la copa. Y las obras, cuyo paladín era Cosme Echeverría, dieron comienzo inmediatamente.

Hízose la desviación y el tráfico se descongestionó considerabilísimamente gracias a esa salida de la Alameda.

Las tales obras, que tardaron año y pico, apenas costaron una perra al Concejo renenteriano, ya que se efectuaron merced a la generosa aportación de la Compañía del Tranvía, de las más fuertes industrias de Rentería, y de la Diputación de Guipúzcoa, principalmente.

En toda su plenitud las obras, pasó una tarde, con dirección a Francia, el Rey, D. Alfonso. Como es protocolario, el Alcalde salió a saludar a S. M.

Preguntó éste a Cosme:

—¿Qué obras son éstas, Alcalde?

Echeverría explicó al soberano cuáles eran y Don Alfonso dió su conformidad a todo lo actuado con las siguientes palabras, que a las claras delataban la urgente necesidad de aquella desviación:

—Bien, bien... Bastante hemos hablado de esa garganta de Rentería.

Terminadas las obras, había que inaugurarlas solemnemente. Y el Alcalde, pagándose los gastos que el viaje originase de su bolsillo, se trasladó a Madrid, a fin de invitar al acto de la inauguración a los Reyes. En este viaje le acompañó un diputado por Guipúzcoa.

En Palacio se les recibió en seguida. Doña María Cristina, que conocía de años atrás al Alcalde de Rentería, aceptó inmediatamente la invitación diciendo:

—No faltaría más.

La Reina Madre profesaba una especialísima estimación a Cosme Echeverría —desde los tiempos en que éste, pelotari de fama, participaba desinteresadamente en cuantos partidos organizábanse en Madrid a beneficio de las instituciones de Caridad que presidía y patrocinaba la augusta señora.

Y los Reyes —Don Alfonso, Doña Victoria y Doña María Cristina— vinieron a la inauguración de la Avenida de Alfonso XIII.

* * *

Cosme fué un excelente pelotari; un pelotari de la talla de Vicente Elícegui, también renenteriano; de Luis Samperio, hijo de la Villa igualmente; de Mardura, del Manco de Villabona, de Portal.

Fué, como nos complacemos en repetir, aunque lo sepa todo el mundo, un gran pelotari. Y lo fué a pesar del vaticinio de Mardura, completamente desfavorable.

—Tú no saldrás —le auguró Mardura.

Pero salió. ¡Vaya si salió! Con tenaz sacrificio, con afición arrolladora, con vocación firmísima...

Cuando Mardura y el Manco sucumbieron, en un sensacional partido, ante Cosme y Elícegui, Mardura ya no opinaba lo mismo: a trueque de reafirmarse en su opinión pretérita, no tuvo a desdoro reconocer la espléndida realidad presente.

Así, cuando, terminado aquel encuentro, Cosme, sonriente, se acercó a Mardura y le recordó su vaticinio, diciéndole:

—Y ahora... ¿qué?

El interrogado replicó:

—Ahora, sí. Eres un pelotari de cuerpo entero.

El padre de Cosme falleció antes de que Cosme naciera; es, pues, un hijo póstumo. Los primeros pasos por el mundo diólos bajo la mirada y la sombra tute-



lares de su madre. Algún tiempo después hubieron de separarse madre e hijo. Las necesidades de la vida llevaron a aquélla a Madrid, en calidad de ama de cría de una sobrina de la Emperatriz Eugenia y a su servicio continuó durante algunos años.

Diecisiete tenía éste cuando, decidido a probar fortuna como profesional de la pelota, embarcó para América.

Tardó Cosme en imponerse en los secretos de este deporte. Durante el primer año de residencia en Buenos Aires fué un simple aprendiz de pelotari y apenas tomó parte en algún que otro partido.

Por la equivalencia en pesos de unas 2.500 pesetas y la comida se contrató para seis meses. Durante este tiempo estuvo, además, ayudando y aleccionando a los negros que querían aprender a jugar, y no gastó un centavo con ánimo de reunir algún dinero. Pero cometió la candidez de confiar la custodia de sus ahorros a un "amigo" y... se quedó sin amigo y sin dinero.

Cuando volvió a España, cuatro años después, Cosme era ya hacía tiempo un consumado pelotari, que ganaba tanto como el primer profesional de su tiempo: 3.000 reales por partido.

Fué Cosme, con Portal, quien inauguró el primer frontón construído en Barcelona y en Valencia, hará de esto la friolera de medio siglo.

Como técnico, lleváronlo a Londres, donde existía la intención de hacer un frontón. Pero las dificultades con que tropezó la idea fueron de tal magnitud que no se hizo el frontón, regresando Cosme Echeverría a su Patria.

* * *

Cuando embarcó Echeverría para su primer viaje al Nuevo Mundo tenía ya, como se suele decir, "echado el ojo" a una bella renteriana. Novios, lo que se dice novios... no lo eran todavía. Porque nuestro hombre, percatado de las ingentes y múltiples dificultades con que había de chocar en su propósito de labrarse un porvenir, no quiso hipotecar, en lo que de su parte estuviera al menos, la libertad de la muchacha.

—Si cuando vuelva, ya hecho un gran pelotari —le dijo, al marchar— sigues soltera y tú no tienes inconveniente en ello, me casaré contigo.

Pues, bueno. Cuatro años hacía ya que Cosme estaba en Buenos Aires y no había escrito una sola letra a la joven. Pero un día tuvo ésta —¡albricias!— noticias del pelotari, el cual, a vueltas de circuloquios y rodeos, había escrito aquellos apretados garabatos con el exclusivo propósito de preguntarle si tenía algún compromiso.

Ella le contestó negativamente. Nueva carta de Cosme, con la siguiente promesa:

—Nos casaremos, entonces.

Vino el mozo y las relaciones se formalizaron, pero sin mucho ruido ni publicidad. ¿Para qué, realmente, si las intenciones son firmes y leales? Sin embargo, unas palabras que el ya famoso pelotari pronunció en un "chocolate" de Oyarzun dieron lugar a una equivocada interpretación, y ello originó que los acontecimientos se precipitaran.

A lo que parece, Cosme había dicho, precisamente ante una de las hijas del "chocolate" a la que el joven no disgustaba, ni mucho menos, esta frase:

—En cuanto tenga novia, me caso.

Palabras a las que se atribuyeron un sentido de declaración amorosa o algo por el estilo. Y fué el

caso que dieron lugar a muchos comadrees y habladurías.

Llegadas que fueron a oídos de la madre de la joven a quien Cosme cortejaba hacía años, la buena señora decidió llamar al pelotari a su presencia, rogándole que aclarara sus intenciones.

Un mes después de aquella memorable entrevista, efectuóse la boda. Tal es la sencilla historia de amor, y la única de su vida, de un hombre de palabra.

* * *

De entre los incontables episodios de la dilatada existencia del popular ex alcalde, hay uno, de su época de pelotari, grabado a fuego en su recuerdo.

Estando él en Barcelona tuvo lugar el atentado terrorista de Pallás, contra Martínez Campos.

Como se sabe, el anarquista aprovechó una función, de carácter benéfico, que se celebraba en el Liceo —y a la que asistían el general y su familia— para consumar sus criminales propósitos.

A este beneficio concurrió Cosme Echeverría; pero no a una localidad de las caras, que se habían agotado para cuando él decidió asistir al acto, sino a galería. Y a esta providencial circunstancia se debió que resultara ileso.

De las dos bombas arrojadas por Pallás al patio de butacas, sólo explotó una; aun así, hubo que lamentar 18 muertos y 40 y tantos heridos. La otra pudo ser recogida sin que hiciese explosión sobre la falda de una dama.

Pallás, que logró huir, repitió el atentado —esta vez con adversa fortuna, siendo detenido— en los funerales por las víctimas del primero.

Pues bien: nuestro hombre estuvo toda la noche ayudando a extraer de los escombros a los muertos y heridos. Y a consecuencia del frío y la humedad que asimiló su organismo aquella aciaga noche, adquirió un reuma que tardó en vencer más de un año y le ocasionó abundantes gastos.

Aquella fué una de las pocas veces que estuvo enfermo Cosme. Claro que ha sido siempre un hombre sin vicios, de vida sana y ordenada. Un simple detalle nos dará idea de hasta qué punto esto es así: no probó bebida alguna hasta cumplidos los 22 años. Y tendría, probablemente, muy cerca de 30 cuando se llevó a la boca un cigarrillo por primera vez.

Cosme, catador entusiasta de la bebida del País —la sidra— es una naturaleza de hierro. Hace unos meses, en la época de las nieves, sufrió, a causa de éstas, un resbalón, dándose un fuerte golpe en la región cardíaca. Por consecuencia de aquella caída, estuvo durante una temporada algo delicado: téngase en cuenta que son ya 73 los años que ha cumplido.

Pero ahora, ya —nos lo decía él mismo, dándose una fuerte puñada en el pecho, hace unos días— está, otra vez, hecho una fiera...

Lo probable es que aun pueda, durante algunos años —y celebraríamos de corazón que así fuera— mostrar, orgulloso, una corona de plata que le regaló, en prueba de agradecido afecto, Doña María Cristina; seguir siendo el formidable catador que es de los ricos caldos de la manzana, y disputar a diario con "Shiriquillo", su cordial antagonista de las inacabables paseatas por las calles de la Villa...